

NAVEGANTES Y CORSARIOS

POR LOS

MARES CHILENOS

Por

Homero HURTADO Larraín
Capitán de Corbeta (Rva.)
Armada de Chile

VIII PARTE

(José de Moraleda)

1788. Moraleda

Exploraciones geográficas e hidrográficas de José de Moraleda

(Introducción de esta Obra por don Diego Barros Arana, publicada en Santiago el año 1888).

★ ★ ★

En los últimos años del siglo pasado el Gobierno de España dio un vigoroso impulso a los estudios y reconocimientos geográficos en sus dilatadas posesiones de ultramar. Buscaba con ello el medio de robustecer el imperio colonial y de dar mayores facilidades al comercio; pero tenía además un propósito de carácter científico.

En las provincias de América, las relaciones de viajes apócrifos y una inclinación irresistible a creer en la existencia de países maravillosos habían forjado quimeras geográficas a que la tradición popular daba formas de hechos innegables. El espíritu de investigación crítica y razonada que comenzaba a penetrar en España quiso resolver estos diversos problemas, y de allí nació el envío de varias comisiones exploradoras a distintos lugares, la preparación de viajes científicos de largo aliento, y la recolección de un gran número de estudios, de memorias y de mapas, que si bien no vieron todos la luz pública, dejaban percibir un esfuerzo inteligente y bien encaminado.

Entre los más animosos y expertos exploradores de esos días merece ocupar un lugar preferente el autor de los diarios de navegación que por primera vez se publican en el presente volumen. Don

José Manuel de Moraleda y Montero, éste era el nombre de ese explorador, fue un hombre de indisputable mérito, perfectamente probado por la extensión de sus conocimientos, por una rara sagacidad y por una constancia infatigable para el trabajo.

A él se deben estudios tan extensos como prolijos sobre la hidrografía de algunas partes de América y en especial de Chile; y esos estudios, que habrían debido darle un puesto distinguido entre los marinos españoles que se ocupaban en tareas análogas, quedaron sepultados en las oficinas administrativas, y no le merecieron los honores y distinciones a que era justamente acreedor.

Aunque el nombre de Moraleda se encuentra mencionado en muchos documentos de la época, no hallamos en ninguna parte noticias referentes a su vida. El capitán de fragata de la Real Armada don Felipe Bauzá, que estuvo en Chile con la expedición de Malaspina, y que levantó un importante mapa geográfico de una porción de nuestro suelo, leía el 24 de julio de 1807 ante la Academia de la Historia de Madrid un discurso "Sobre el estado de la geografía de la América meridional", y allí pasaba en revista las exploraciones practicadas en los veinte años anteriores; pero no recuerda una sola vez los trabajos de Moraleda. Martín Fernández de Navarrete, el célebre coleccionador de documentos para la historia de las exploraciones geográficas hechas por los españoles, compuso, entre otras obras de gran erudición, una "Biblioteca marítima española", diccionario biográfico de todos los españoles que escribieron algo sobre navegación y sobre las otras materias que se relacionaban con ella. En este repertorio biográfico, en el que se han reunido noticias aun de exploradores o de escritores de la más escasa importancia, falta Moraleda, cuyos trabajos habrían debido ser recordados como un título de orgullo de la Marina española. Así, pues, las pocas noticias que acerca de su vida hemos podido reunir son las que hemos recogido en el estudio paciente de sus escritos, en donde, desgraciadamente, no abundan las indicaciones de carácter biográfico.

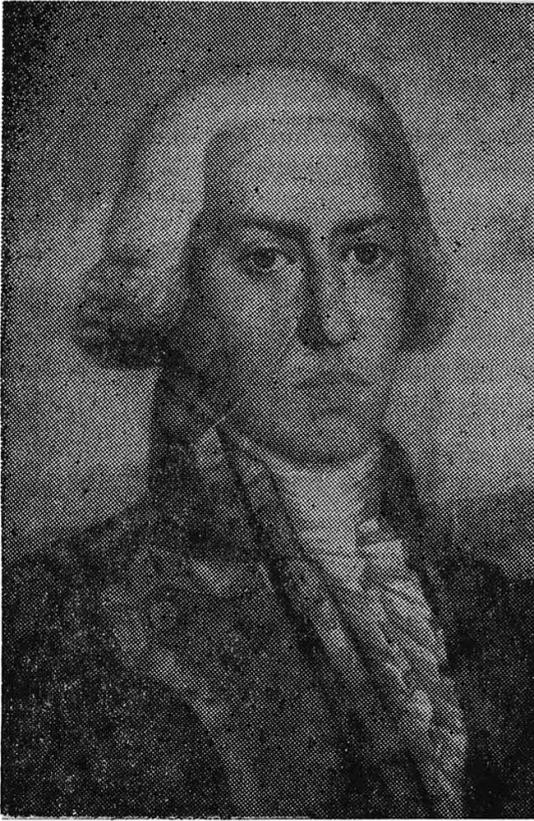
Don José Manuel de Moraleda y Montero nació en España, probablemente en la provincia de Andalucía, alrededor de

1752. Después de haber hecho sus estudios primarios, se incorporó como alumno en la escuela de pilotos de Cádiz, el mejor montado de los tres establecimientos de esta clase que sostenía el Rey de España. Allí se enseñaban la navegación y el dibujo; pero estos estudios eran más o menos amplios según el rango a que se destinaba al alumno. En efecto, de cada una de estas escuelas salían pilotos de primera clase, pilotos de segunda clase, pilotines o ayudantes, y por último pilotos prácticos de costas y de puertos. Los primeros eran los que hacían estudios más completos, debiendo cursar, además de los ramos prácticos, las matemáticas, la astronomía, las nociones de geodesia y el levantamiento y dibujo de planos.

Moraleda adquirió allí estos conocimientos, y en 1772 salió de la escuela con el título de piloto primero de la Real Armada.

Ese mismo año se embarcó en la fragata de 40 cañones "Nuestra Señora de Monserrat", que formaba parte de una escuadrilla destinada al Pacífico. Con ella salió de Cádiz el 19 de noviembre de ese año, llegaba a la bahía de Concepción, en el Reino de Chile, cinco meses más tarde, el 27 de abril de 1773, y continuando su viaje el 6 de junio siguiente, entraba el 26 del mismo mes al puerto de El Callao, que era el lugar de su destino. Durante este viaje demostró Moraleda las dotes que debían hacer de él un ingeniero hidrógrafo. Llevaba un diario escrito con todo cuidado, con viñetas dibujadas a pluma o pintadas a acuarela, en que anotaba prolijamente todos los accidentes de la navegación, la altura a que se alcanzaba cada día, las novedades meteorológicas, la configuración de las costas a que se acercaba, y todo lo que podía interesar a un buen piloto. Durante su permanencia en El Callao, se contrajo a recoger noticias acerca de los viajes y exploraciones anteriores. Moraleda hizo además dos viajes a Guayaquil y a las costas del norte del Perú en desempeño de las comisiones de su cargo, y recogió en su diario todas las noticias referentes a esos viajes.

La biblioteca de la Oficina Hidrográfica de Santiago conservaba entre sus libros más preciosos el manuscrito autógrafo, con sus viñetas y dibujos, perfec-



José Manuel de Moraleda y Montero

tamente conservado, de los diarios de navegación del piloto Moraleda desde su salida de Cádiz en 1772 hasta el término de su segundo viaje a Guayaquil en noviembre de 1779. Sólo por referencias sabemos que después de estas expediciones, Moraleda hizo un viaje a Filipinas, y que, con motivo de la guerra declarada por Carlos III a Gran Bretaña en 1780, sirvió algún tiempo en los buques españoles que fueron enviados a las costas del sur de Chile para defenderlas contra cualquier agresión de parte de los ingleses.

A principios de 1786, Moraleda se preparaba para regresar a España en un navío que mandaba el brigadier Antonio Vácaro, cuando supo que el rey había nombrado Gobernador de Chiloé al teniente-coronel Francisco Hurtado, dándole el encargo de "reconocer las islas de la comprensión del archipiélago que fueran posibles, y levantar mapas generales de ellas con explicación de sus bahías, puertos y demás circunstancias que son precisas para formar el pleno conoci-

miento que interesa a los más importantes objetos del servicio de S.M."

Por provisión de 13 de marzo de ese año el virrey del Perú, don Teodoro de Croix, confió a Moraleda la comisión de ayudar a Hurtado en este difícil y prolijo trabajo.

Le fue necesario, sin embargo, demorarse más de ocho meses entre Lima y El Callao, seguramente por la resistencia que los capitanes de los buques que traficaban en esta costa oponían a navegar en las latitudes de Chiloé durante los meses de invierno. Al fin, el 4 de noviembre se embarcó Moraleda en un buque mercante que también conducía al Gobernador Hurtado, y el 17 de diciembre desembarcaba en San Carlos de Ancud para dar principio a sus trabajos. Hizo preparar una piragua grande de unas catorce varas de largo, y otra de menor tamaño, embarcó en ella sus instrumentos y los víveres que le eran necesarios, y acompañado por algunos hombres prácticos en la navegación de los canales, salió Moraleda de San Carlos el 3 de enero de 1787 con rumbo al ceste, para circunnavegar toda la isla grande. Esta operación lo ocupó cerca de cuatro meses. El diligente piloto lo observaba todo, la configuración de las costas, las condiciones náuticas de los canales, la amplitud de las mareas, las ventajas e inconvenientes de cada puerto y de los terrenos vecinos, señalando los que eran útiles o inútiles para el cultivo.

Después de desempeñar esta comisión con todo el esmero posible, Moraleda llegaba a San Carlos el 27 de abril y emprendía, durante el invierno, la segunda parte de su trabajo, es decir, la coordinación de los datos recogidos y el dibujo de los mapas y planos, desempeñando a la vez otras comisiones que le confió el Gobernador del archipiélago para reunir noticias geográficas y estadísticas.

Al fin, cuando hubo terminado estas labores de gabinete, el Gobernador Hurtado, con fecha 11 de febrero de 1788, le encargó que en una nueva expedición explorase los partidos de Calbuco y de Carelmapu y toda la costa continental que circunda el archipiélago. Estos reconocimientos lo ocuparon desde el 20 de febrero hasta el 16 de abril siguiente, día en que llegaba otra vez al puerto de San

Carlos. En estas dos exploraciones, Moraleda había reconocido con la más esmerada prolijidad toda la región que media entre el río Maullín por el norte y el río Palena por el sur, levantando la carta de todas las islas, canales y costas comprendidas dentro de esos términos, y una serie de planos especiales de los puertos y caletas de alguna importancia. Un año entero tardó en terminar estos trabajos de gabinete. Escribió, además, un derrotero para la navegación del archipiéla-

go de Chiloé y una noticia geográfica de esa provincia, abundante en datos sobre su estado social e industrial. Moraleda, que era a la vez un ingeniero inteligente y un hábil dibujante, sacó dos copias de estos planos, de sus diarios y de las memorias que recordamos, presentó una al coronel Francisco Garoz, que había reemplazado a Hurtado en el Gobierno de Chiloé, y destinó la otra al virrey del Perú, que le había confiado esta misión. (*)

(*) Moraleda escribió también una relación de los acaecimientos de alguna nota que han ocurrido en Chiloé desde el 16 de julio de 1788 en adelante hasta abril de 1790. Cuenta allí, entre otros sucesos, el naufragio en los bajos de Guapacho de la fragata "Nuestra Señora de Balbarrera", ocurrido el 23 de diciembre de 1788, en que llegaba a Chiloé el Gobernador interino Francisco Garoz, con el real situado, los tabacos del rey y muchas mercaderías, sucesos que también han sido contados por el virrey Teodoro de Croix en la relación de su Gobierno.

Garoz iba a reemplazar al Gobernador Hurtado, que había sido destituido por el virrey. La entrega del mando, que dio origen a incidentes desdorados para Hurtado, se verificó el 2 de enero de 1789.

Moraleda fue encargado por el nuevo Gobernador de recibirse del archivo de la provincia, visitó con éste las fortificaciones y desempeñó otros cargos en las islas y en el continente vecino, interesándose sobre todo en la apertura del camino entre Valdivia y Chiloé.

El 5 de febrero de 1790, cuando llegó al archipiélagos la expedición científica española que venía dirigida por Alejandro Malaspina, don José de Moraleda, durante la residencia de ellos en San Carlos de Ancud, les prestó útiles servicios, facilitándoles, según órdenes que había recibido del virrey del Perú, los mapas y diarios que había trabajado, y suministrándoles cuantas noticias geográficas y estadísticas podían interesarles.

Uno de los compañeros de Malaspina, el teniente Viana, se expresa acerca de Moraleda en los términos que siguen:

"Este individuo ha hecho grandes servicios a la monarquía y a la humanidad misma, trabajando con una constancia e inteligencia poco comunes en los planos de los puertos y la más exacta situación astronómica de toda la costa, adoptadas las longitudes del padre Feuillée y

de M. Frezier, y observadas por sí las latitudes con regulares instrumentos.

"Ultimamente destinado al reconocimiento de la isla de Chiloé, solo y con una piragua mala y muy mal equipada, lo había, no obstante, concluido por tierra y parte por mar, de suerte que podía considerarse perfeccionado este trozo de costa, incluso la isla de Guafo".

La reseña geográfica escrita por Moraleda se titula "Breve descripción de la provincia de Chiloé, su población, carácter de sus habitantes, producciones y comercio". Ella ha servido de base a las observaciones escritas por los compañeros de Malaspina acerca de este punto, y publicadas como apéndice a la relación del viaje de éstos.

Los mapas levantados por Moraleda y entregados por éste al Gobernador de Chiloé eran los siguientes, según inventario. "Una carta geográfica reducida que contiene la costa de tierra firme comprendida entre los esteros Maullín y Palena, con inconclusión de la Isla Grande y todas sus inmediatas. Otra ídem, comprensiva de media Isla Grande de Chiloé con el camino de Cayuncunghen, que conduce desde San Carlos a Castro. Otra ídem que contiene la costa intermedia entre este puerto y el Río Bueno, en que se incluye el terreno de la antigua ciudad de Osorno y dirección del camino o picado de monte que el año pasado de 1787 hicieron los comisionados para explorar la situación de dicha ciudad arruinada. Los planos particulares números 1 hasta 14, que son los puertos de San Carlos, Chacao, Linao, Huito, Castro, con los canales que conducen a él por las partes norte y sur de la isla Lemui; el estero de Ichuac; las bahías de Terao, Queilén, Compu, Huidad, Cailin, Yalad, la laguna de Cucao y el puerto de Calbuco". Junto con estos mapas, entregó Moraleda al Gobernador de Chiloé una copia esmeradamente hecha de su diario y de las otras memorias que había preparado en desempeño de su comisión.

Los trabajos hidrográficos de Moraleda son sin duda los más serios y los mejor estudiados de que se hizo objeto al territorio chileno bajo la dominación española; y a pesar de los progresos de la geografía y de la importancia de las exploraciones subsiguientes, hoy mismo conservan su valor y pueden considerarse la descripción más completa del archipiélago de Chiloé. De regreso al Perú, en junio de 1790, Moraleda, favorablemente acogido por el nuevo virrey Gil y Lemos, fue útil todavía a los marinos españoles de la expedición de Malaspina, a quienes suministró amplias noticias sobre todas las costas y puertos que había explorado durante sus viajes en estos mares.

El rey, informado de los trabajos ejecutados por Moraleda, había dispuesto, por real orden de 25 de diciembre de 1790, que se adelantaran los reconocimientos de los canales y archipiélagos situados más al sur de Chiloé. Antes que el virrey del Perú, en cumplimiento de esta resolución, hubiera tomado medida alguna sobre el particular, el Gobernador de Chile había encargado a una fragata de guerra llamada "Santa Bárbara", mandada por Nicolás Lobato y Cuenca, que pasase a las costas del sur a observar las operaciones de los buques ingleses que entraban al Pacífico con el pretexto

de hacer la pesca de la ballena, y esa fragata había recogido algunas noticias más o menos valiosas sobre la geografía de la región.

Por fin, con fecha 29 de agosto de 1792, el virrey Gil y Lemos encargaba al experto piloto Moraleda que sin tardanza hiciera los aprestos indispensables y se trasladara a Chiloé a continuar la exploración de los archipiélagos del sur.

"Habilitado de las dos piraguas y demás útiles necesarios a la expedición, decían las instrucciones que el virrey dio a Moraleda, saldrá del puerto de San Carlos, y por la parte oriental de la Isla Grande se dirigirá a la boca de Aysén, en la costa firme frente a las Guaitecas, y entrando por ella examinará con la mayor prolijidad la extensión que tiene el canal, estero o río, circunstancia de su terreno vecino y cuanto conduzca a dar una idea exacta del paraje". Debía, además, adelantar la exploración de las costas, canales e islas de más al sur, levantar los planos y formar descripciones cabales de cuanto observase. "Si la exploración de los canales y esteros, decía el virrey más adelante, hallase que alguno de ellos presta paso al océano Atlántico meridional, ya sea desembocando en el golfo de San Jorge, cuya extensión no está aún determinada, o en cualquiera

En 1788, Moraleda formó también un plano del puerto de Valdivia, rectificando los que entonces existían. Este plano fue grabado en España al mismo tiempo que otro de la bahía de Ancud, que aunque aparece levantado por los compañeros de Malaspina, probablemente está fundado sobre los trabajos de Moraleda.

Cuando Moraleda hubo concluido estos trabajos, salió para el Perú el 18 de abril de 1790, embarcado en la fragata "Carmen"; se detuvo en Valparaíso del 2 al 17 de mayo, y llegó a El Callao el 3 de junio. Pocos días después entregaba al nuevo virrey del Perú, frai don Francisco de Gil y Lemos, que acababa de tomar el Gobierno de este país, la copia de sus diarios y de sus planos. Malaspina, a su paso por Lima, hizo sacar copia completa de todos esos documentos.

Los diarios y mapas que Moraleda dejó en Chiloé quedaron en la Gobernación de la provincia hasta el año 1826. El general Ramón Frei-

re, después de la ocupación del archipiélago por las armas de la República, trajo a Santiago el manuscrito de Moraleda. Formaba dos volúmenes escritos con el mayor esmero y adornados con vistas y viñetas dibujadas a la pluma. De esos manuscritos, que según creemos ya no se conservan completos, se sacó la copia que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago. La Oficina Hidrográfica posee otra copia tomada en España de los manuscritos que envió el virrey del Perú, y esta copia es la que ha servido para la presente impresión. El general José Santiago Aldunate, que fue el primer Intendente de Chiloé, bajo el régimen de la República de Chile, recogió los mapas y los trajo a la capital. Gracias a su cuidado inteligente, el primero de ellos fue publicado por medio de la litografía en 1845; y ahora ha sido litografiado de nuevo para acompañar en este libro la edición de los derroteros formados por Moraleda. Creemos que los otros mapas se han extraviado y quizá destruido.

otro punto de la costa oriental patagónica, retrocederá por una derrota opuesta a la que haya llevado, dirigiéndose inmediatamente a esta capital, observando inviolablemente lo prevenido respecto a la reserva con que debe guardar el resultado de sus exploraciones”.

En cumplimiento de este encargo, Moraleda salió de El Callao el 20 de septiembre. Un mes más tarde, el 17 de octubre, llegaba al puerto de San Carlos.

Gobernaba la provincia de Chiloé desde los primeros días de 1791 Pedro de Claveral, militar activo pero voluntarioso, que unía al título de brigadier de los reales ejércitos el de capitán de navío. A pesar de la falta de elementos navales que allí se padecía, y de haber caído enfermo Moraleda al iniciarse estos trabajos, se logró preparar dos piraguas grandes, equipadas en forma de goletas y tripulada cada una de ellas por trece marineros, por unos cuantos soldados y por los prácticos que fue posible procurarse. Moraleda tomó el mando de una de esas goletas, confió la otra a José de Torres, pilotín de la Real Armada, y el 21 de enero de 1793 se hicieron a la vela con rumbo al sur.

Esta exploración lo ocupó hasta el 2 de mayo siguiente, día en que Moraleda estaba de vuelta en el puerto de San Carlos. Los exploradores no habían llegado más que hasta el río Aysén, cuya embocadura y cuyo curso habían estudiado con bastante prolijidad; pero habían reconocido también una gran parte del archipiélago de Chonos, recogiendo datos geográficos precisos. Durante el viaje fue molestado incesantemente por lluvias más o menos prolongadas, y no tuvo jamás un día entero de buen tiempo, por cuya razón no le era posible fijar siempre con seguridad las latitudes. A pesar de todo, pudo recoger en sus diarios y en sus mapas un valioso conjunto de datos geográficos, observados con discernimiento y expuestos con claridad (*).

En el verano siguiente, Moraleda se dispuso a continuar el reconocimiento de los archipiélagos y canales del sur de Chiloé. En esta provincia se hablaba entonces, como de un hecho incuestionable, de la existencia de las fabulosas ciudades que se suponían pobladas por españoles al otro lado de las cordilleras. El mismo Gobernador se había dejado engañar por esas ilusiones, y al disponer la nueva expedición de Moraleda le encargó que tratase de ponerse en comunicación con esas ciudades, para cuyos habitantes le entregó un pliego cuyo sobrescrito tenía estas palabras: “Por el rey. A los señores españoles establecidos al sur de la laguna de Nahuelhuapi. Del Gobernador de Castro, Calbuco y provincia de Chiloé”. El 11 de febrero de 1794 salía Moraleda del puerto de San Carlos de Ancud en desempeño de aquella comisión.

En este nuevo viaje, el hábil piloto continuó los estudios de la costa y de las islas del sur, sin pasar, sin embargo, más adelante de la latitud 44 grados, y contrayéndose sobre todo al reconocimiento del río Palena. Moraleda, al regresar al puerto de San Carlos el 18 de mayo de 1794, dio, puede decirse así, con sus juiciosas observaciones, el golpe definitivo a aquella antigua creencia que durante siglos había preocupado a tantas gentes. Las noticias que recogió acerca del clima y de las demás condiciones de aquellos archipiélagos sirvieron para acabar de desanimar a los que poco antes habían pensado en ocupar algunos puntos de las costas del sur para fundar nuevas colonias. El virrey del Perú, reproduciendo los informes de Moraleda, aseguraba al rey que fuera de unas cuantas islas, las demás no eran susceptibles de ningún cultivo, ni producirían los artículos más necesarios para la vida.

Moraleda permaneció dos años más en Chiloé. Ocupó este tiempo en arreglar sus planos y relaciones, y emprendió además un nuevo reconocimiento. Saliendo de San Carlos el 13 de febrero de 1795, exploró el golfo y el estero de Reloncaví, y remontando este último, se internó en las tierras continentales hasta el lago de Todos los Santos, y continuó enseguida el estudio atento y prolijo de las costas de la parte del continente que cir-

(*) El diario de esta exploración de Moraleda fue terminado en San Carlos el 16 de mayo de 1793, y de él sacó cuatro copias completas, a las cuales agregó una relación sumaria de los sucesos ocurridos en el archipiélago hasta febrero de 1794.

cunda por el norte y por el este al archipiélago de Chiloé. (*) .

Esta serie de trabajos, que ahora ven la luz pública por primera vez, colocan a Moraleda en el rango de los más distinguidos exploradores españoles de su época. En abril de 1796, cuando Moraleda regresaba al Perú, después de haber desempeñado en Chiloé todas aquellas comisiones, sus servicios, si bien recomendados por el virrey, no le merecieron las recompensas a que era justamente acreedor. Moraleda no alcanzó sino el título de alférez de la Real Armada, sobre el de piloto primero con que había salido de la escuela de Cádiz en 1772.

(*) Los diarios relativos a las dos últimas exploraciones de Moraleda están terminados y fechados en San Carlos el 27 de mayo de 1794 y 2 de mayo de 1795, y completados con relación a los principales sucesos ocurridos en la provincia hasta abril de 1796, época en que el autor regresó al Perú. Los diarios de Moraleda referentes a estas últimas exploraciones eran desconocidos en Chile. El capitán de navío Francisco Vidal Gormaz, director de la Oficina Hidrográfica de Santiago, tomó en Madrid las copias que ahora posee este establecimiento y que sirven para la presente edición.

Después de más de veinticuatro años de residencia en América, obtuvo en 1797 permiso para regresar a España, donde pensaba quizá pasar el resto de sus días. Sin embargo, la Corte había resuelto hacer nuevos reconocimientos en el litoral de sus colonias; y en 1801 ordenó a Moraleda volver al Perú junto con otros oficiales de marina encargados de rectificar las cartas geográficas de estas costas de América. Moraleda se ocupó en los trabajos hidrográficos que le mandaron hacer en el golfo de Panamá y en las costas vecinas; sirvió el cargo de Director de la Escuela Náutica del virreinato, y revisó algunos mapas de diversas provincias.

Son muy escasas y deficientes las noticias que hemos podido procurarnos acerca de estos últimos servicios del célebre explorador. Sabemos sí que en 1810, cuando contaba cerca de setenta años de edad, y cuando estaba consagrado todavía a la enseñanza de pilotos, falleció don José de Moraleda en el puerto de El Callao, en una posición modesta, sin dejar bienes de fortuna y ni siquiera el nombre a que lo hacían justamente merecedor los importantes trabajos que la Oficina Hidrográfica de Chile ha querido salvar de un injusto olvido.

